

He sentido el faro a mis espaldas vigilante,

y un sinfín de peces, un sinfín...

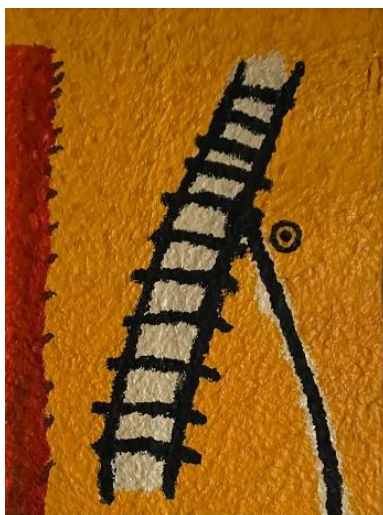
Mercedes Elorza

Yo no conocí a Alberto. Fueron arbitrios los que pusieron su figura como una posibilidad en mí. Conocí a su costumbre, esa gran mujer que es Ana Arambarri; conocí a sus amigos, aquéllos que velaban en el ámbito de la cotidianeidad inconstante; conocí su pintura, su trazo febril, sus texturas de amarillo Nápoles, la palabra en la tabla, el lienzo, el bronce; conocí retazos de su verbo en fragmentos dispersos; conocí su taller, hoy silencioso; también su biblioteca y la escalera que ascendía a la estancia; conocí una tarde que llevaba su nombre en la boca; a él, a Corazón, una vez que me visitó mientras dormía.

Los faros nos han unido a Alberto. Un alfabeto que ideó su amigo Aracil y que retumba en las noches. Convirtió fulgor en sonar, y así la luz se hizo música como en los atardeceres. Un código que encierra un compromiso, un regreso, un reencuentro, una danza. Los pulsos de luz y los intervalos de sombra. Las lluvias y las nieblas y las nieves sobre sus focos. Su erguidumbre lírica a las puertas de la inmensidad de la mar. El faro enhiesto. El faro guía. El faro en tierra, anhelando las estrellas y las olas, siempre cercanas y siempre imposibles. Mesa Roldán, en Cabo de Gata; Punta Silla, en San Vicente de la Barquera; Cabo de San Agustín, en Asturias; Soller, en Mallorca; y San Giorgio Maggiore, en Venecia, de luz perpetua y campanada cuando hay niebla. Faros que sonarán durante el conceirto, saludando al pintor e invitándolo a la permanencia, qué menos que en sus modos de la memoria y el recuerdo.

El programa que escucharemos esta tarde es un tributo a él y a su circunstancia. Es un modo de labrar la memoria, afirmarla en ciertos sentidos y regresar al pintor en una nueva modulación. El concierto se inaugura con el *Preludio y fuga número veintidós del primer volumen del Clave bien temperado* de J.S. Bach. El *preludio* —en la tonalidad de *si bemol menor*— comienza con una línea melódica ascendente que representa una anábasis de eternidad. Una figura melódica que asciende escalonadamente y de forma casi imperceptible y que rememora las escalas del pintor. La *fuga*, de carácter coral, propone un sujeto de cinco notas en el que se dibuja un intervalo de novena menor. Un tremendo salto doloroso —*saltus duriusculus!*— que atraviesa toda la fuga llegando a estallar en una gran clímax en los compases finales, donde los sujetos y respuestas de la fuga se tropiezan unos con otros en un ensayo de perfección contrapuntística y donde la armonía y la textura logran el máximo grado de tensión para resolver en un definitivo y glorioso *si bemol mayor*.

Seguidamente vendrá una improvisación-tableaux basada en un cuadro que vi en casa del pintor, el cual representa una escalera con un fondo amarillo. Así, en el peldaño trágico de la escala de Corazón, pretenderé expresar lo anabático del preludio con la ansiedad del ademán del pincel. Escucharemos una campana reiteradamente, la del faro de San Giorgio Maggiore, que dobla cuando hay bruma y tiniebla, y que será la llamada que introduzca la siguiente pieza.



Sin título, Alberto Corazón

Tras el interludio-cuadro, disfrutaremos del *Estudio-tableaux* op.39 número cinco de S. Rachmaninov. Su tonalidad de *mi bemol menor* recoge los destellos de la campanada del faro véneta. Un *étude* conocido como “apassionato”, donde persiste una melodía en el cantábile del instrumento, acompañada por acordes de gran densidad en el registro grave. La reexposición del tema una octava grave con dolorosísimos acordes llenos de sonido en la mano derecha es un pasaje de una enorme e incomparable belleza. Termina la pieza con un canto agudo, que duda entre los modos mayor y menor, y que, definitivamente, conquista un alargado acorde de *mi bemol mayorizado*. Doblaban la campana del faro véneta en la tarde de bruma, pero esta vez menos amarga y más amiga.

La siguiente pieza del programa es el alma de este encuentro. La *Elegía a Alberto Corazón*, escrita por el compositor y Premio Nacional de música Alfredo Aracil, y dedicada a Ana Arambarri y al pianista granadino Juan Carlos Garvayo, es un íntimo y expresivo homenaje a la amistad que unía a músico y pintor. Aracil, como ya indiqué más arriba, propone un lenguaje de faros para llamar a Alberto y tender un puente hacia su regreso. Los pulsos de luz se convierten en notas, y las sombras de su ausencia son silencios que se llenan de la fantasía del compositor. A veces son la niebla, otras veces la lluvia. Pero la luz permanece en su ininterrumpida intermitencia. El *la* es el canto del faro de Almería; un *si* octavado, el de Cap Gros; un *do* grave y alargado y un *re* a distancia de novena de este, representan el faro de San Agustín y el de San Vicente de la Barquera respectivamente; por último, el faro de Venecia, es una campana que dobla en *mi bemol menor*, como ya advertimos en el primer interludio-tableaux.

Al término de la *Elegía* escucharemos otro interludio-tableaux basado en el cuadro de Corazón *Gran bodegón rojo*. Un interludio de tintes modales que se construirá en base a un acorde-textura que simboliza el color rojo. El color, como onda, posee una frecuencia, inaudible para el ser humano. Llevando la horquilla de frecuencia del color rojo al espectro audible, obtuve un total de seis notas en el registro medio del teclado: aquellas comprendidas entre el *fa sostenido* y el *si*, ambas inclusive. Pues bien, tomando este acorde como textura de fondo del interludio –pues el cuadro de Alberto es poderosamente rojo– aparecerán personajes-signo a modo de frutas en el cesto, bordeados por los contornos sonoros de los lejanos pulsos de los cinco faros de la *Elegía*.



Gran bodegón rojo, Alberto Corazón

Desembocará la improvisación en el *Preludio op.32 número diez en Si menor* de S. Rachmaninov. Este preludio –predilecto del autor– representa la amarga nostalgia del exiliado por la patria perdida. En ella suenan imperturbables campanas, reminiscencias sonoras de los templos ortodoxos de su nación. Enamorado de ellas y presentes siempre en su dilatada obra, son como nuestros faros: *adónde ir* o *de dónde partir*. Rachmaninov se inspiró en el cuadro *Die Heimkehr* (*El regreso a la patria*) del pintor simbolista suizo Arnold Böcklin.



Die Heimkehr, Arnold Böcklin

A continuación, se interpretará la *Fantasia Baetica*, obra cumbre del repertorio pianístico español. Fue dedicada al gran pianista ruso Arthur Rubinstein, el cual, al parecer, la tocó una única vez en público. Esta obra es el reflejo de un arraigado nacionalismo entreverado de la más rabiosa vanguardia. Lirismo contenido, cante jondo desgarrado, relámpagos del idiomático rasgueo de la guitarra flamenca, virtuosismo puesto al servicio de la más exquisita música: eso es la *Fantasia Baetica*, himno del pianismo español.

Después de la apoteósica coda de la *Baetica*, llegará la sutil y melancólica *Sonata k.466* del compositor D. Scarlatti. De gran recogimiento y pureza melódica, es esta sonata una danza lenta que, *in abstracto*, podría sucumbir a los desvelos del *adagio* y erigirse como idea de danza más que como pieza danzable.

Por último, oiremos una improvisación-tableaux basada en los lienzos de acantilados de Alberto. Sonarán los faros, todos, despeñándose por las quebradas, cayendo a la bravura del mar, despegando por la castidad azul del cielo, regresando a las cumbres de las rocas. Al fin, arrebolándose los sonidos en anillos de luz, formarán una masa sonora vibrante que se metamorfoseará en el trino inaugural de la *Danza ritual del Fuego* de M. de Falla en su arreglo para piano del propio autor, obra con la que concluirá el concierto.



Sin título, Alberto Corazón



La caída de la tarde, Alberto Corazón

Hoy Alberto es cercano. La música, sus espacios, los amigos, su pintura, Ana, han revivido su figura en mí. Cuando soñé a Alberto –o quizá fue él quien me soñó a mí– dejó en la mesa un lienzo que había pintado en apenas un gesto, sujetando tres pinceles en una mano. Ese lienzo fue un regalo. Aún lo conservo.